

américa, continente saqueado

LOS países iberoamericanos, al acceder a la independencia, adoptaron las teorías librecomunistas auspiciadas por Inglaterra. La especialización económica a escala internacional que tales ideas implicaban les llevó inexorablemente a la monoproducción. Quedaron, desde entonces, convertidos en meros abastecedores de materias primas e inevitablemente sus economías pasaron a depender fuertemente del comercio exterior.

La polarización en torno a la producción de materias primas ha sido, precisamente, la base para la explotación constante de los pueblos de Iberoamérica por los países desarrollados. En la actualidad, esta explotación («saqueo» encubierto) adopta diversas formas.

a) Los productos de exportación de los países de Iberoamérica se centran en uno o dos productos básicos (Venezuela, petróleo; Colombia y Brasil, café; Chile, cobre; Bolivia, estaño; Ecuador, banano; los países centroamericanos, café y algodón, etc.). Todos ellos han sufrido un deterioro progresivo de sus precios. Su poder adquisitivo en relación con el de los productos manufacturados ha descendido desde principios de siglo en no menos del 50 por 100. Por ejemplo, Brasil ha de exportar el doble de kilos de café que en 1952 para adquirir un tractor.

Hoy se estima que como consecuencia de este fenómeno, técnicamente conocido como deterioro progresivo de la relación de términos de intercambio, que consiste en vender barato y comprar caro, Hispanoamérica ha dejado de percibir cerca de 15.000 millones de dólares en los últimos quince años. No es extraño que la participación de esta región en el comercio mundial, que durante la Segunda Guerra Mundial era el 11 por 100, no llegue actualmente al 6 por 100.

La causa de este descenso hoy que buscaría en la misma estructura del comercio internacional que favorece netamente a los países desarrollados y sirve de base a la expoliación de los países pobres. Grave hecho si pensamos que «haciendo un cálculo prudente, una reforma sensata del comercio mundial en favor de los países en desarrollo podría probablemente salvar por lo menos tres millones de vidas al año en Iberoamérica». («The Economist», Londres, 25 septiembre 1965).

En la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, celebrada en Ginebra en 1964, fueron las grandes potencias, especialmente Estados Unidos, quienes mantuvieron una oposición invencible a toda reforma de los bases que rigen el comercio mundial que implicara una pérdida de privilegios. En la Conferencia de Panamá para reforzar la Carta de la OEA, Estados Unidos, una vez más, volvió a oponerse a los intentos iberoamericanos de crear un sistema multilateral de comercio que defendiera tanto sus exportaciones como unos precios más justos para sus materias primas.

b) El constante deterioro de la relación de términos de intercambio, acentuado durante la segunda parte de la década del 50, llevó a los dirigentes políticos norteamericanos a fomentar las inversiones directas en la región como forma de salvar el estrangulamiento causado por el primer fenómeno. Estas inversiones, más que una ayuda para el desarrollo del Continente, se han convertido —por sus especiales características— en un nuevo método de explotación. Efectivamente, cerca del 75 por 100 de las inversiones totales se han dirigido a la extracción de materias primas y sólo han tenido como finalidad la de constituir centros de abastecimiento para sus propias economías.

La explotación ha sido tal que en el período 1950-1960 los beneficios de las empresas norteamericanas establecidas en Hispanoamérica ascendieron a 9.594 millones de dólares, de los que se reinvirtieron 2.026 y se remitieron a Estados Unidos 7.568. Solamente en Chile, con una inversión inicial de 3,5 millones de dólares efectuada después de la primera guerra mundial, tres sociedades norteamericanas han obtenido 3.540 millones de dólares de beneficios.

c) La aparición en la escena americana del castrismo hizo que las inversiones extranjeras directas sufrieron un verdadero colapso, lo que unido a la fuerte caída de los precios de los productos de exportación produjo una fuerte crisis.

En un momento psicológico decisivo se lanzó como esperanza redentora la Alianza para el Progreso, programa reformista que puso definitivamente en un primer plano los préstamos de Gobierno a Gobierno. En un principio, la Alianza tuvo un carácter multilateral. Lo fue perdiendo progresivamente hasta quedar convertido en un programa bilateral desde sólo se concede ayuda a aquellos Gobiernos que han prestado fidelidad a la potencia prestataria.

Dejando a un lado las implicaciones políticas de la nueva orientación, el hecho cierto es que estas «ayudas» han degenerado en una forma nueva de explotación. Iberoamérica se ha visto obligada a acudir a los préstamos externos («Ayudas») en términos tales que su servicio constituye en los tiempos presentes un problema gravísimo. La deuda pública externa ha pasado de los 1.471 millones de dólares en 1950, a los 10.600 en 1964. Su servicio, es decir, el pago de intereses y amortizaciones, cuesta a los países iberoamericanos cerca de 2.000 millones de dólares anuales (en 1965, el 19 por 100 de los ingresos por exportaciones).

En resumen, los remedios que se han ido aplicando para resolver los problemas derivados de la desfavorable evolución del comercio exterior no han sido eficaces en absoluto. Antes al contrario, sólo han contribuido al empeoramiento de la situación. Iberoamérica ha sido «saqueada» a través de sutiles técnicas económicas. En los últimos veinte años se puede estimar que tal «saqueo» no ha bajado de los treinta mil millones de dólares y ha ocasionado bastantes más víctimas que los habidos en las dos guerras mundiales.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ

una parábola kennediana

NO es muy frecuente, pero algunas veces suele suceder, que dos realizadores coincidan, contemporáneamente, en la elección de un mismo título. Esto es, sin embargo, lo que ha ocurrido con Arthur Penn y Carlos Saura con sus films «The chase» (titulada en su versión española «La jauría humana») y «La caza». Pero lo que resulta singularmente sorprendente es que, más allá de esa coincidencia adjetiva, ambos autores examinan críticamente una parecida situación de violencia y exasperación de la que extraen conclusiones semejantes: un rechazo radical de la violencia.

Al espectador que haya seguido atentamente el desarrollo de la obra de Arthur Penn —al menos de los tres films suyos que se han exhibido en España, «El zurdó», «El milagro de Ana Sullivan» y «La jauría humana»— no le resultará extraña esta actitud del joven realizador americano en torno a y contra la violencia como medio de comportamiento humano y social. Ya en «El zurdó», su primera película, producida en 1958, existía una concienzuda exploración de los motivos que habían impulsado a William H. Boney, más conocido por Billy el Niño, a producirse en la vida de la fama en que lo hizo. Inmerso en un clima de violencia no tenía otra forma de oponerse a él que que con la misma violencia: el héroe de Penn, muy distinto en su tratamiento a los otros nueve que lo habían precedido, cinematográficamente hablando, en diferentes versiones del legendario personaje, era un rebelde inútil, puesto que la sociedad nunca consentiría una violencia distinta a la que ella misma había normalizado.

«El milagro de Ana Sullivan» era, contra todas las apariencias, una prolongación psicológica, y también una profundización, del tipo de Billy. La joven maestra de Helen Keller luchaba contra una imposibilidad física, debatiéndose en un tipo de violencia interna casi asfixiante.

Con «La jauría humana», Arthur Penn llega más lejos. Situada la acción en una pequeña localidad del Sur de los Estados Unidos, concretamente en el estado de Tejas, no es difícil reconocer el alán parábólico del autor referente a los trágicos sucesos que ensangrentaron la ciudad de Dallas en el mes de noviembre de 1963. Incluso la fama en que uno de los principales de la comunidad asesina a la «víctima propiciatoria» ante la presencia de los policías es demasiado semejante al crimen de Ruby contra Oswald como para pensar en una simple coincidencia. No se trata, desde luego, de una «película-calle» de una serie de acontecimientos de carácter histórico, sino más bien de una interpretación crítica de esos hechos. Es decir, tras la proyección del film, al espectador puede realizarse automáticamente una traslación mental y pensar que lo que ocurrió en Dallas pudo tener una causalidad precisa y no ser obra de un irresponsable aislado, como intentan hacernos creer los documentos oficiales sobre el caso.

Desgraciadamente, a causa de la desaparición de testigos, asesinato del supuesto asesino y canteña administrativa, el crimen de Kennedy sigue estando de actualidad. Investigadores espontáneos, periodistas, abogados, aportan continuamente nuevas pruebas en favor de la tesis de que hubo un complot. Aunque el film de Penn no escarce en las verdaderas motivaciones de tipo estructural que condicionan los comportamientos que se muestran en «La jauría humana», resulta revelador, al menos en el sentido de que comprendemos perfectamente la causalidad más inmediata que puede conducir a toda una comunidad a un extremo de exasperada violencia, en la que todo radicalismo es posible.

Y volvamos al hecho curioso de la coincidencia temática con el film de Saura. Este proceda en «La caza» de un modo absolutamente riguroso, citándose a la jornada de cuatro cañadotes en los montes toledanos; a través del desarrollo de esa caza del conejo asistimos a las relaciones que unen a los personajes; y, a su vez, ellas nos revelan una determinada crisis conflictiva, que tiene un alcance mucho mayor que al estrictamente psicológico, sin que por eso éste se halla descuidado.

Arthur Penn ha preferido amoldarse a unos esquemas más convencionales, recurriendo a una descripción de todos y cada uno de los personajes que, en última instancia, desencadenarán ese estado de violencia irrefrenable. Siendo como es una película de elevado presupuesto, «La jauría humana» ha de dar oportunidades de lucimiento a todos y cada uno de los actores de renombre que intervienen. En este sentido, la exploración sociológica —que en el espléndido film de Saura alcanzaba profundamente sus objetivos— queda reducida en la obra de Penn a un análisis psicológico del comportamiento de una colectividad ante una situación muy concreta.

Documentalmente, el film es tremendamente válido —no ya sólo por su clara referencia histórica— sino por la simple exposición de una problemática tan viva. Pero cabe pensar si Arthur Penn no se habrá sentido en algún momento coaccionado —aunque haya sido por su propia autocensura— a la hora de realizar esta disección de una comunidad representativa de cierta mentalidad imperante en USA. No olvidemos que Stanley Kubrick, el más independiente y riguroso realizador norteamericano actual, a la hora de realizar «Teléfono rojo: Volamos hacia Moscú» tuvo que emigrar a Inglaterra...

IESUS GARCIA DE DUEÑAS